

LA MUERTE COMO SENTIDO DE LA EXISTENCIA. UNA APROXIMACIÓN
FILOSÓFICA DESDE EL PENSAMIENTO CLÁSICO HASTA EL
EXISTENCIALISMO

JEISSON FABER CASTRILLÓN GALLEGO

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES

FILOSOFÍA

MEDELLÍN

2022

LA MUERTE COMO SENTIDO DE LA EXISTENCIA. UNA APROXIMACIÓN
FILOSÓFICA DESDE EL PENSAMIENTO CLÁSICO HASTA EL
EXISTENCIALISMO

JEISSON FABER CASTRILLÓN GALLEGO

Trabajo de grado para optar al título de
FILOSOFÍA

Asesor

Luis Fernando Vahos Echeverry

Licenciado en Filosofía y Politólogo.

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES
PROGRAMA DE FILOSOFÍA
MEDELLÍN

2022

Fecha: 05-11-2022

JEISSON FABER CASTRILLÓN GALLEGO

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado con anterioridad para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o en cualquiera otra universidad”. Art. 92, parágrafo, Régimen Estudiantil de Formación Avanzada.

Firma del autor (es)

Jeisson F. C.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	6
1. La muerte dentro del pensamiento clásico	7
Sócrates: Morir para conservar la virtud	8
El actuar frente a la muerte	10
2. II Guerra Mundial y Muerte. Los campos de concentración	15
3. El hombre, el ser condenado a una vida para la muerte	18
El ser ahí como condicionado en un mundo	19
La cotidianidad del ser en el mundo	21
La muerte del otro, el papel del ser ahí con otros.	23
La muerte, realidad inminente del ser existente	26

RESUMEN

Este artículo recoge diferentes reflexiones sobre la muerte y la existencia humana, la relación entre ambas y la posición tomada por los seres humanos en cuanto a su cotidiana existencia, busca abordar temas como la relación entre entes, su significado y la importancia de asumir la propia vida. Tres apartados que tratan el tema de la muerte y la relevancia que se da cuando al pensar al ser humano se trata, una serie de condicionamientos presentes que van alrededor de la existencia y que tienden a absorber al ser en un estancamiento vivencial. Referenciar la Muerte como parte fundante de la estructura de la existencia humana y no como un hecho biológico, posibilita una comprensión más amplia y acorde con la realidad del ser, quien se asume como propio y busca salir de la absorción de lo colectivo. Hacer consciente la finitud humana, pensarla y hacerla propia es una característica particularmente humana que lleva al hombre a pensarse y asumir la responsabilidad de su existencia

PALABRAS CLAVES: MUERTE, EXISTENCIA, SENTIDO, VIDA, SER-AHÍ-MUNDO, CAMPOS DE CONCENTRACIÓN

INTRODUCCIÓN

Uno de los temas de reflexión que más se ha mantenido durante la historia del pensamiento filosófico es el relacionado al concepto de muerte y la forma en que ella interviene en la cotidianidad de los seres humanos, al igual que la relación indeleble que se da entre ambos. Ahondando más allá de la muerte entendida como acto biológico lo que se pretende es abordar temas de construcción del ser existente desde la conciencia de finitud, la relación con otros seres que conllevan a ver reflejadas condiciones similares y que invitan a no quedarse inmersos en el pensamiento de lo denominado cotidiano y que no va más allá de quedarse en la ignorancia de las reflexiones estructurales que todo Ser Humano debe pensarse de modo que busque reconocerse en el mundo que le rodea y comprenda la forma en que puede construir un sentido propio.

Este artículo aborda el tema de la muerte desde el rastreo de varias posiciones y reflexiones filosóficas a lo largo de la historia, recorrido en el cual se busca enfocar la concepción de finitud del ser humano, desde el ciudadano en la antigüedad, el ser existencialista en la contemporaneidad y la visión particular que se da acerca de la muerte en los campos de concentración nazi. Para lo cual, se tomarán como referentes a Platón quien por medio de sus diálogos y que en boca de Sócrates reflexiona sobre la forma en que los hombres virtuosos deberán asumir la muerte. Con relación a la contemporaneidad, se tomarán las reflexiones aportadas por el pensador Alemán Martin Heidegger, con el cual se hará un acercamiento a conceptos existencialistas relacionados con el “ser-ahí” y sus aportes con relación del sentido de la existencia humana. Igualmente, con la reflexión sobre la muerte en los campos de concentración se quiere abordar una visión directa que permita reconocer en pensamientos de personas que experimentaron directamente este acercamiento con la muerte, las circunstancias

por las que tuvieron que pasar y que marcaron el concepto de muerte dentro de la existencia. Enfrentar la muerte es tenerle temor, sin ignorarla o buscarle enemigos. Durante el artículo se presentarán diversos puntos de vista y caminos referentes para reconocer la muerte como existencialista.

1. La muerte dentro del pensamiento clásico

La muerte y su sentido provocado en el pensamiento de la antigua Grecia se pueden ver claramente identificadas en dos gruesas líneas, con relación al cómo se debía asumir este acontecimiento humano; por un lado, está la vaga y limitada posición de la gente del común y por el otro, la idea de aquellos que veían en la muerte el camino para colocar su nombre en la eternidad, saliendo de lo cotidiano y de la masa para trascender esta seria realidad humana y perdurar en el tiempo como los grandes héroes que decidieron ser valientes e ir más allá, este es un pequeño y selecto grupo de personajes que tomaron la decisión de no seguir huyendo a este acontecimiento y tomar la muerte como el camino a la vida virtuosa, y el hecho de ir más allá del miedo a la muerte colocaba a estos personajes en un lugar privilegiado al de los demás habitantes de la polis. Para el presente apartado se tendrán como referencia los diálogos de Platón como uno de los pensadores antiguos más relevantes y que trabajó el tema de la Muerte por medio de sus escritos, en este caso, “la Apología de Sócrates” y el “Fedón” donde propone en boca del protagonista una reflexión frente a la relación vida-muerte en el hombre.

Dentro de este pequeño grupo de héroes se encuentra al que fue llamado por el Oráculo como “el más sabio de los hombres”, el pensador antiguo, Sócrates, y su visión tan poco aceptada por sus conciudadanos con relación a la muerte y la forma particular en que tomó su sentencia a muerte, cómo lo plantea Platón en sus obras.

Sócrates: Morir para conservar la virtud

En la posición del pueblo en general, la visión de la muerte es bastante pesimista y oscura y por esto mismo es evitado, incluso hasta llegar al punto de renunciar a los propios principios y llegar a privarse de lo que es justo y digno con tal de no enfrentarse con dicho momento tan repudiado y temido como lo es la muerte. Es esta visión tan negativa la que lleva a recurrir a medios tan denigrantes como el provocar compasión a través de la familia, el llanto y cuantos más actos miserables a los que se pueda recurrir para evitar ser enfrentados a una experiencia propia de Muerte, pero este miedo no se basa más que en el hecho de que la muerte trae consigo lo desconocido, la incógnita o la aniquilación de lo que se es en este mundo. El error que se presenta frente a esta posición tan cerrada es que era la única visión conocida y la que los supuestos sabios de la época enseñaban haciendo alarde de poseer una gran sabiduría, así lo expresa Platón “porque temer la muerte, no es otra cosa que creerse sabio sin serlo, y creer conocer lo que no se sabe” (Platón, 385 a.C. p. 67).

La posición de temerle a la muerte, asumida por algunos hombres en la antigüedad, no es otra cosa que la muestra de falta de conocimiento, de la ignorancia de muchos de los intelectuales de la época. Esta posición frente a la muerte era el tormento de Sócrates cada día, pues dedicó su vida a examinar a aquellos que se hacían llamar sabios por medio de largos diálogos en los que se ocupaba de mostrar las tinieblas en las que se encontraba su saber, pero siempre haciéndolos llegar a una verdad muy distinta de la que creían. Ello trajo que muchos le tomaran odio y desprecio, el mismo que lo llevó años después a ser condenado a muerte. Antes de ser condenado, Sócrates aclara varios asuntos a sus jueces, en primer lugar, dice que no recurrirá a ninguna baja para ser absuelto gracias a la compasión¹. Luego hace una importante aclaración con relación a la opción de ser declarado en libertad, pero con la condición de no

¹ La compasión en la antigua Grecia poseía una carga negativa, ya que hacía alusión a la súplica y a los actos más bajos para provocar la lástima de los demás ciudadanos.

poder volver a decir ni a hablar, lo que en otras palabras significaba dejar de ser lo que hasta ese momento era y renunciar al estilo de vida que según él, era un designio de los dioses para ser realizado por él. Estos apartes de la Apología dejan en claro que para un héroe lo primero era llevar una vida de virtud guiada por la justicia y la dignidad dada por el designio de los dioses y no importaba el precio que hubiera de pagarse con tal de cumplir el designio que viene de lo divino (Platón, 385 a.C. p. 19).

La posición que toma Sócrates frente a la muerte se puede resumir dentro de tres posibilidades que son planteadas en la apología; la primera, la extinción absoluta del ser, donde todo lo que es el hombre queda reducido a la nada, ni durante ni luego de la muerte pasa absolutamente nada y lo que se fue en vida desaparece completamente. Por lo mismo, la muerte como extinción del ser no puede ser un mal, y como consecuencia la muerte lo libraría de los ciudadanos de la vida, por lo que de este modo la muerte no puede ser un mal antes que un bien.

Como segunda posibilidad se encuentra la de considerar la muerte como un instante de plenitud, como el momento más grande y satisfactorio que se haya podido tener y que no se puede comparar con ningún otro instante en la vida. El ejemplo propuesto por Sócrates, se basa en pensar la noche más espléndida jamás vivida y que se prolonga por toda la eternidad, con esta mirada la muerte se convierte en éxtasis, en el momento cumbre de la existencia que no puede ser considerado como un mal porque es la felicidad y la prolongación de esta por toda la eternidad.

La muerte como un bien, es algo que ninguno se atrevía a pensar y contra las opiniones del común Sócrates, se aventura a plantear una tercera posibilidad. Consiste en mirarla como el tránsito de este mundo a uno distinto, en el que se podría interactuar con otros grandes personajes que murieron en tiempos más antiguos y, que al igual que él, se atrevieron a salir del pensamiento común y que son tratados como héroes. Fue con estos últimos, con los que él esperó poder

compartir y continuar la labor que hacía en la tierra de los mortales, por medio de la cual, a través del diálogo trataba de ayudarse y ayudar a otros a encontrar el camino que llegará a la sabiduría, pues este camino los cuestionaba y ponía en juicio sus conocimientos en favor de que su saber fuera lo más puro posible y no fueran inventos ni creencias de sus coterráneos.

En conclusión, viendo la muerte de esta manera ¿qué mayor bien se puede esperar que continuar trabajando en la búsqueda de la verdad y la sabiduría sin el peligro de ser juzgado por cumplir con esta actividad? Si se toma la muerte como el tránsito a otro mundo, no cabe duda de que para Sócrates no habría mayor bien que este. Ya la muerte en lugar de ser el castigo pedido por sus acusadores se transformaría en el mayor premio que se pudiera haber dado. Observando la muerte como un bien, sea cual sea su sentido, se puede pensar que es apropiado la vida de mortales dentro de personajes injustos y cobardes, y la muerte como el premio que se alcanza llevando una vida de virtud y valentía, en otras palabras: “Ya es tiempo de que nos retiremos de aquí, yo para morir, vosotros para vivir. ¿Entre vosotros y yo, quién lleva la mejor parte? Esto es lo que nadie sabe, excepto Dios” (Platón, 385 a.C. p. 86).

El actuar frente a la muerte

El relato que hace Fedón a Echécates es acerca de las enseñanzas que Sócrates hizo momentos antes de que fuera ejecutado. Sócrates mientras se encuentra en prisión descubre en la poesía la manera de calmar su conciencia; no obstante, no vio necesidad de hacerlo antes de ser condenado. Es por esto, que surge una discusión acerca de la tranquilidad de Sócrates momentos antes de morir, por lo cual este responde que más que miedo a la muerte, esta debe ser asimilada y que, por el contrario, no debe ser anhelada hasta el punto de suicidarse, pues este acto no está permitido ya que el hombre pertenece a los dioses; por lo mismo, son estos los que deciden el momento final de cada persona. Aquí entonces, llega el papel del filósofo que es quien durante toda su

vida ha estado reflexionando y pensando sobre la muerte, para asimilar y enfrentar ese momento con mucho valor; además, la muerte puede dar paso al encuentro con otros hombres más sabios y justos.

La muerte es entendida como la separación de cuerpo y alma; donde el cuerpo es la parte que provoca los placeres y esto a su vez conlleva al error y al engaño, es así, como también provoca la guerra, ya que los conflictos se dan por satisfacer los placeres; de esta manera, lo que debe hacer el filósofo es alejarse y despreciar los placeres hasta tal punto que sea el alma quien tenga vida en sí misma, y adquiera de cierta manera una autonomía en el hombre; la primacía del alma sobre el cuerpo es necesaria si se quiere llegar a un conocimiento verdadero, a una vida del alma en sí misma, pues, mientras se siga la dependencia del cuerpo se llegará al error. El papel del alma luego de valerse de sí misma, es dejarse guiar por la razón para descubrir la verdad, por medio del aislamiento del cuerpo.

Es impensable, como se aprecia en el diálogo del Fedón (385 a. C.), que los hombres le tuvieran miedo a algo con lo que ha estado en relación permanente durante toda su vida; además, sería inaudito temerle si se considera la muerte como el paso al encuentro con los amigos, con los mejores hombres y con los más justos. Pero es importante para el filósofo que una de sus tareas más fuertes sea ocuparse de la purificación del alma porque esta lleva a la sabiduría y si este quiere conocer algo debe encargarse de purificarla para llegar a la virtud; por el contrario, las personas del común tratan de enfrentar la muerte, pero temiendo llegar a un mal mayor.

Desde esta perspectiva del pensamiento antiguo, al asumir que el alma es inmortal desprende otra problemática: la relación entre la vida y la muerte, Sócrates manifiesta que de la una sigue la otra, es decir, al llegar la vida a su fin se encuentra con la muerte, pero luego de esta y si el alma no ha sido purificada completamente, ella vuelve a unirse a otro cuerpo que, dependiendo de su grado

de purificación, puede ser un animal determinado o en el mejor de los casos en otro hombre para volverse mejor persona. Ahora bien, con respecto a las vidas anteriores se llega a la teoría de la reminiscencia: todo conocimiento al que se pueda aspirar un hombre ya ha sido obtenido previamente, este ya estaba en la mente, pero debe ser recordado por medio de los sentidos y la experiencia. Con un alma eterna, el hombre tiene los conocimientos previos antes de nacer.

Uno de los factores relevantes en el pensamiento clásico que se llega a apreciar en escritos como los diálogos de Platón, es que el alma al ser eterna participa de la divinidad, cosa que no puede decirse del cuerpo, ya que es mortal y visible, esa parte invisible del hombre que participa de cierta manera de la deidad se encierra en sí misma, sin dejarse amarrar y arrastrar por el cuerpo para purificarse y salir sin mancha a formar parte de la divinidad; por el contrario, cuando esta no ha logrado hacer a un lado el cuerpo queda necesariamente vagando por el mundo, en una especie de cementerio, hasta que vuelve a otro cuerpo que depende del comportamiento en la vida anterior, para intentar purificarse, dejando ver su ideología con relación a la reencarnación y purificación del alma. Hasta aquí los dos caminos como se puede llegar a plantear la muerte, uno donde el alma está purificada y el otro cuando no lo está y tiene que reencarnarse indefinidamente hasta lograrlo; el primero está necesariamente reservado a los Filósofos, que hacen una reflexión práctica durante toda su vida, aislándose del temor. Lo anterior, se ve mejor en las palabras de Sócrates:

los filósofos, al ver que su alma está verdaderamente ligada y pegada al cuerpo, y forzada a considerar los objetos por medio del cuerpo, como a través de una prisión oscura y no por sí misma, conocen que la fuerza de este lazo corporal consiste en las pasiones, que hacen que el alma misma encadenada contribuya a apretar la ligadura. Conocen también que la filosofía, al apoderarse del alma en tal estado, la consuela dulcemente e intenta desligarla, haciéndola ver que los ojos del cuerpo sufren numerosas ilusiones, lo mismo que los demás sentidos; la advierte que no debe hacer

de ellos otro uso que aquel que obliga la necesidad, y la aconseja que se encierre y se recoja en sí misma. (Platón, 385 a.C., p.60)

Luego de toda esta explicación por parte de Sócrates en el diálogo el Fedón (385 a. C.), cuando Simmias deja ver ciertas dudas que tiene pero que no sabe si hacerlas saber al maestro pues, supone que tal inquietud lo podría incomodar, pero Sócrates no ve ningún problema en que se pongan de manifiesto las dudas de Simmias y Cebes, para él, la situación en la que se encontraba no era digna de temer y no la consideraba una desgracia. Por lo mismo, (con el consentimiento de Sócrates) Simmias expuso que no consideraba como suficientes los argumentos dados acerca del cuerpo y del alma, de cómo ésta perdura luego de la muerte del cuerpo. Por su parte, Cebes daba apoyo a la afirmación que se hacía acerca de que el alma preexiste antes de venir a animar el cuerpo, pero aún queda inconcluso el tema de la duración del alma.

En el diálogo el Fedón se presentan estos descontentos planteados por Simmias y Cebes, que hicieron que todos los que se encontraban allí comenzaran a dudar sobre lo que antes consideraban tan firme y seguro. Sócrates, que también sintió tambalear sus pensamientos, pidió a Fedón que le dijera la manera como Sócrates había manejado esta situación. Después de hacer ver que se cuidaría al defender su pensamiento, les advirtió para que no fueran a caer en una falta, que es insensato quien se mete a tratar asuntos humanos, debido a que sabría que los hombres buenos y los malos son muy raros, pero que son numerosos los que se encuentran en un término medio, de igual manera, sucede con las demás cosas; los extremos son raros y los medios son frecuentes, pero de lo que se debe ocupar el filósofo es de no dejarse llevar por ciertos pensamientos que en un comienzo le puedan parecer sólidos y razonables, peor, que luego se tornen turbios y no tan firmes como se los consideraba, este error debe evitarse según Sócrates puesto que, puede tacharse a la razón de dudoso conocimiento. De ahí, aconseja cuidarse de caer en dicha desgracia y saber que es el hombre mismo el causante de dicho mal.

Continúa Sócrates diciendo que lo que lo diferencia de esos otros es el goce que puede sentir al momento de persuadir a quien lo escucha; además, su objetivo es convencerse a sí mismo de lo que plantea, ratificar su propio pensamiento. Luego de este discurso se continúa con la defensa ante la contraposición de Simmias y Cebes, a los cuales les dice que se basen no en lo que dice Sócrates sino en la verdad. A pesar de todo, los contra argumentos expuestos por Simmias acerca de la similitud del alma con la armonía, Sócrates les hace ver por medio de sus métodos de enseñanza desde el diálogo, que sus argumentos no son suficientes y que no tiene fundamentos para volver válida su oposición. Seguidamente se centró en la objeción que le había hecho Cebes, haciendo un recorrido a lo que él creía en su juventud, su incursión en la física como el camino hacia la explicación del nacimiento, crecimiento y extinción de las cosas; pero dice que estas explicaciones no fueron suficientes, entonces acudió a un texto que se creía era de Anaxágoras, donde se dice que la solución a estas preguntas se encuentran en el pensamiento, pero todo se vino al piso cuando, adentrándose en la lectura de los libros, se dio cuenta que no eran lo que él pensaba y que no daba respuesta a la pregunta por la causa de las cosas y se convenció de que no encontraría respuesta en los otros, por eso tomó la decisión de que el único camino que le podría ayudar era la razón. Desde entonces, se vale de ella para buscar la verdad.

Terminado su discurso (Platón, 385 a.C.), Critón le plantea a Sócrates que si no tiene alguna recomendación que hacerle, pero con la serenidad y el valor que él mismo había demostrado durante su vida, le dice que estas ya se las ha dado desde hace tiempo, que no crea que el estar próximo a la muerte le va a hacer cambiar de opinión. Teniendo presente y haciendo que ellos vean que después de muerto alcanzará la felicidad. Posterior a unos momentos en el baño y de despedirse de su familia, llega el guardia quien reconoce en él a un hombre valiente y que se mantiene firme, pero que ha llegado la hora de tomar el veneno. Luego de beber la cicuta se acuesta y se le comienza a entesar el cuerpo y las

últimas palabras eran para recordar la deuda de un gallo y el pago de esta deuda, todos sus discípulos no pudieron controlar el llanto. De esta manera es como murió el hombre –se puede decir- más Sabio y Justo. (Platón, 1961)

En conclusión, la muerte en la antigüedad, abordada desde Platón, es tomada en doble dirección, por una parte, la que es asumida por el hombre de manera heroica y que trasciende, va más allá de un mero momento en la vida y que incluso se convierte en la mejor opción si con ella se logra mantener una vida virtuosa. Dentro de las reflexiones antiguas la muerte se ve con relación a los aportes de la misma a la vida, es decir, viene atada y relegada a las condiciones de llevar una vida mejor o peor. En cambio, la otra visión hace un acercamiento más al temor, a la negación de la condición finita, no se habla ni se reflexiona, se deja de lado porque se ve como un enemigo.

2. II Guerra Mundial y Muerte. Los campos de concentración

Ahora bien, uno de los acontecimientos históricos que más ha marcado el pensamiento de la humanidad es la Segunda Guerra Mundial, hecho en el cual se marca la vida cuando se hace referencia a los campos de concentración, no se puede delimitar a un país o territorio del mundo occidental, si bien tiene lugar en la Alemania nazi, es un hecho que tuvo repercusiones en occidente. Dentro de los campos de concentración, la muerte se hace el pan de cada día, lo cotidiano, todos los acontecimientos y vivencias que se daban en este lugar hacían referencia al tema. Desde el momento en que se entra, se deja ver lo que para muchos era un infierno. La imagen que se da al hablar de infierno es la única capaz de transmitir una experiencia de tal magnitud, y que no había sido vivida en la historia. La deshumanización y la exterminación moderna son pilares insignes del atroz momento.

Pero incluso este término se queda corto, por un lado, cuando se hace referencia al infierno, se intuye que es un lugar que tiene por objetivo la expiación y quien cae ahí, es consciente de los males que ha cometido, a su vez, es un lugar

de sufrimiento y lamentación, pero no de deshumanización. En cuanto a la primera característica, los campos de concentración estaban llenos por personas que llegaron ahí por el simple hecho de su raza o ideología; la segunda es aún peor, en el infierno, las personas no dejan de ser ellas y permanecen con su identidad, esto no se ve en los campos nazis, donde una de las tareas primordiales es desconfigurar a la persona, quitarle su identidad y todo lo propio.

Para entender un poco la existencia de estos lugares macabros, hay que remontarse a las consecuencias que la modernidad deja a la sociedad, principalmente occidental, en la que se planteaba la supremacía de la razón, la cual aniquiló el sentido de lo humano y la identidad propia, las verdades absolutas. Esto se vio reflejado en los campos de concentración, los cuales se dieron en la época entre guerras que devastaron social, económica y físicamente al mundo; especialmente el Occidental. El uso de la razón había desbordado su finalidad que era la sociedad, se convirtió en la excusa perfecta para cometer todo tipo de actos inhumanos. Es la racionalidad instrumental la que convierte al hombre en objeto, en producto de la sociedad industrial.

Los campos de concentración traen consigo una reflexión profunda con relación al sentido de la vida (Frankl, 1995). Los campos de muerte, como también fueron llamados, marcaron la historia. Con relación a la reflexión existencial, específicamente la muerte, hay que resaltar lo vivido dentro de ellos y que confrontan la existencia humana. Algunos aspectos como la falta de identidad, desesperanza, miedo, incertidumbre, indiferencia, convertía a la muerte en la compañera más inseparable de los presos.

Imaginando con la posibilidad de sobrevivir después de entrar al campo, las SS² hacía una primera selección de los prisioneros, decidiendo quienes iban a los campos a trabajar y quienes a las cámaras de gases a morir. "Tocaba mi turno. Alguien me susurró que si nos enviaban a la derecha significaba trabajos forzados,

² Organización militar, policial, política, penitenciaria y de seguridad de la Alemania Nazi.

mientras que la dirección a la izquierda era para los enfermos e incapaces de trabajar, a quienes enviaban a otro campo.” (Frankl, 1995, p. 13)

Luego de llevarlos a los campos de concentración, los prisioneros, automáticamente, perdían su identidad. Todo lo que los distinguía como personas: documentos, bienes, ropa, eran arrebatados. Se hacía lo necesario para que todos se parecieran: los motilaban, uniformaban iguales y hasta perdían su nombre; ya no hay nada propio, solo la secuencia de números con los cuales fueron marcados, como ganado y que, además, debían memorizar. Con dificultad, apenas se reconocían entre ellos.

Entonces por primera vez nos damos cuenta de que nuestra lengua no tiene palabras para expresar esta ofensa, la destrucción de un hombre. En un instante, con intuición casi profética, se nos ha revelado la realidad: hemos llegado al fondo. Más bajo no puede llegarse: una condición humana más miserable no existe, y no puede imaginarse. No tenemos nada nuestro: nos han quitado las ropas, los zapatos, hasta los cabellos; si hablamos no nos escucharán, y si nos escuchasen no nos entenderían. Nos quitarán hasta el nombre: y si queremos conservarlo deberemos encontrar en nosotros la fuerza de obrar de tal manera que, detrás del nombre, algo nuestro, algo de lo que hemos sido, permanezca. (Levi, 1987, p. 13)

Si la esperanza es lo último que se pierde, estos hombres ya estaban al límite, no esperaban nada, cuando se perdían las ganas de vivir no había vuelta atrás. Solo quedaba resignación a un futuro incierto, a ver morir a sus compañeros y esperar su propio turno. En estas circunstancias el hombre, preso en sí mismo, contemplaba la posibilidad de acabar con la vida. La desesperanza se convierte en una experiencia de muerte que trasciende y marca, una experiencia con la cual se debe vivir cada minuto del encierro.

Con el pasar del tiempo el miedo aumentaba y las fuerzas disminuían, no sólo las físicas sino emocionales. La experimentación del miedo acrecentó la

cercanía con la realidad de muerte en la que vivían sumergidos. Temor hacia los verdugos, hacia el futuro. Una de las alternativas que causaba gran temor era ser paciente en los experimentos médicos, donde eran tratados como animales y llevados a niveles extremos en pro de la ciencia nazi.

Por otro lado, la indiferencia marcó un referente en todos los prisioneros: dejaron de luchar contra su sufrimiento y contra el sistema que los tenía privados de su libertad. Se dejaron impregnar por la inhumanidad de la cual eran víctimas. Ya no importaba el sufrimiento del otro, o el verlo morir al lado, la enfermedad era motivo de exclusión. Sólo importaba la propia persona, primaba la propia vida frente a la del otro. Se pierde sensibilidad, se aniquila el sentido de lo humano.

Los campos de concentración habrían roto todo el sentido de la Muerte que yacía en la historia humana, si bien a lo largo de esta, los hombres conservaban su humanidad al momento de morir, en los campos, las fábricas de muerte sacaban un alto número de cadáveres no por personas, sino máquinas, números, códigos. Con este método tan propio de la época se hace una industrialización de la muerte, convirtiéndola en anónima, desfigurativa.

La muerte de este modo es reificada, es decir, cosificada, su carácter existencial ha sido suprimido. Cuando la modernidad optó por la industrialización de las dinámicas socioculturales, políticas y económicas, también arrasó consigo un sentido de la existencia y sus dimensiones, por lo mismo, el tema de la muerte no se puede quedar de lado, la instrumentalización de ésta y del hombre hacen que pierda importancia en una sociedad llevada por el consumismo y la masificación.

3. El hombre, el ser condenado a una vida para la muerte

El concepto de muerte en relación con la existencia del ser humano se ve enmarcado por los aportes realizados por Heidegger, en este apartado se dejarán algunas reflexiones frente al Dasein y su relación existencial como ser-para-la-

muerte. Estas reflexiones buscarán relacionarse con las experiencias de desfiguración humana vividas durante los tiempos de los campos de concentración promovidos durante la Segunda Guerra Mundial.

Ahora bien, la realidad de la muerte en la existencia del hombre es una posibilidad permanente, y con la cual se debe manejar una constante y en ocasiones conflictiva relación, durante los hechos ocurridos en Alemania durante la guerra, la muerte se concibe como un escape ante los diferentes tratos inhumanos, frente a la desfiguración del ser como sujeto, como individuo la muerte no puede ser asumida como posibilidad, incluso en muchos casos es vista como única escapatoria.

El presente apartado se enfocará en la posición heideggeriana del hombre y su estructura como existenciario, desde el ser arrojado en el mundo, en el cual se ve enfrentado a unas condiciones y posibilidades dadas y con las cuales se debe ir relacionando de manera que no se vea absorbido por las mismas; la relación con el otro, la muerte con relación a los otros y la caída en lo cotidiano; igualmente, se aborda la visión de Jean Paul Sartre sobre algunos conceptos reflexionados frente a la relación Muerte - existencia humana.

El ser ahí como condicionado en un mundo

Heidegger hace una aproximación al problema del ser del Dasein (1974), en el cual se presenta la necesidad de tener un acercamiento que parta del principio que, el ser ahí es un ser arrojado en el mundo, esta característica lo dota de ciertas particularidades existenciales empezando por la peculiaridad que, siendo “ser en el mundo” es porque existe y esta característica es esencial de su ser, el cual hace parte de la estructura ontológica de cada existente.

El ser ahí es comprendido desde su presencia y necesaria existencia en la cual se desenvuelve su ser, por lo mismo la pregunta por el ser ahí no se debe hacer por el qué es, como sí sería en el caso de los entes materiales, los cuales

se encuentran puestos dentro del mundo, la pregunta que debe cuestionar es la que se enfoca por el quién del ser.

El ser-en-el-mundo (Heidegger, 1974), da un punto de partida frente al modo pleno que el ser ahí, debe trasegar para realizarse, buscar comprender su realidad y las condiciones a las cuales fue arrojado. Cuando se hace consciente de esta característica estructural de, “en el mundo”, se está situando al ser ahí en una posición determinada y con características específicas en el espacio y tiempo. Ser en el mundo, ubica, da un puesto que necesariamente condiciona la existencia de ese ser que ha sido arrojado. Con lo anterior, no se puede comprimir al ser ahí como un ente perteneciente al mundo, la relación que se da entre mundo y hombre es una que trasciende el estado corporal y no limita a ninguna de las dos partes como si la una fuera posesión del otro o lo atara, por el contrario, sí es una relación de complementariedad donde el mundo le da sentido y forma parte de la estructura de su existencia.

Echase auestas relaciones al mundo sólo es posible porque el “ser ahí” es como es en cuanto “ser en el mundo”. Esta estructura de su ser no es el simple resultado de que además del ente del carácter del “ser ahí” sea aún “ante los ojos” otro ente y aquél venga a coincidir con este. “Coincidir con” el “ser ahí” sólo le es posible a este otro ente en tanto que le es dado mostrarse por sí mismo dentro de un mundo. (Heidegger, 1974, p. 70)

El hombre debe comprenderse y no aferrarse a luchar contra esta condición dada, pues hace parte de su ser ontológico, esto hace que, por más que lo desconozca, no se puede deshacer de esta situación fundamental dada. La concepción de mundo que se presenta en el pensamiento de Heidegger denota necesariamente que se parta de la premisa que el mundo es un a priori que ya está dado al ser ahí, quien dentro de su relación con él se va asumiendo a sí mismo y a los otros con quiénes comparte su estadía. El papel que juega el mundo en la dinámica existencial se ve presente al poner al ente enfrente del

existente, de ahí la importancia que se tiene al comprenderse como existente en el mundo y asumir que el mundo no existe, necesariamente es.

Con lo anterior, se desvela el hecho que trae consigo el “ser en el mundo”, su particularidad; cuando se habla de un ser arrojado e inmerso en un mundo, no es un mundo cualquiera, es el propio, el personal y particular universo que le es dado al “ser ahí”. El mundo forma parte importante de la existencia del hombre, no se puede hablar de la misma sin situar al hombre en este a priori concreto en el cual establece desde su llegada una interacción con los entes que hacen parte de este mundo al que ha sido arrojado y del cual no se puede desligar. En medio de la interacción con el mundo y con las situaciones que a este se le presentan, el “Dasein” se sitúa frente a un universo de posibilidades que lo irán encaminando durante toda su existencia para irle dando sentido a su propia vida como existente.

Queda claro entonces que, el hombre existente no se puede concebir sin el mundo, pero la relación que se da con este va más allá de estar dentro del mundo, hay, por el contrario, un lazo de familiaridad y un continuo relacionamiento.

El hombre es arrojado al mundo y en este se debe adaptar a unas condiciones específicas. Para que esta adaptación se dé de manera adecuada, el “Dasein” debe encontrarse en un estado de “abierto”. Abierto a experiencias, a una cultura determinada, a normas, a un idioma específico, a determinadas dinámicas sociales y teniendo presente esto estar abierto ante el otro, porque al ser un ser en el mundo no se encuentra sólo en este; su existencia se encuentra con otras existencias, con otros modos de ser.

La cotidianidad del ser en el mundo

Si el hombre se deja absorber por el estado primario que le trae el ser en el mundo, se encontrará en un estado de cotidianidad, con lo cual el hombre se escapa de la posibilidad de tomar decisiones frente a sí mismo. La cotidianidad se representa en el “uno”, en lo cual se desconfiguran sus responsabilidades frente al

asumir cualquier decisión propia en torno a sus posibilidades.

La cotidianidad es el punto de encuentro del ser inmediato al que se ve enfrentado el ser ahí al encontrarse arrojado en el mundo, es el primer momento o la primera circunstancia por la que atraviesa el ser, pero este no se debe resignar a permanecer en este estado. Lo cotidiano que rodea al ser-ahí no le permite ver más allá de las cosas que le rodean.

El ser-ahí debe esforzarse por construir un futuro donde su existencia sea, como la llama Heidegger, "auténtica"; para conseguir esto el hombre debe asumirse como posibilidad, como un ser abierto al que durante toda su existencia se van a ir presentando posibilidades con las cuales va a ir encaminando su vida, por medio de las elecciones que haga. La posición de apertura permite que en el hombre se pueda hablar de posibilidad de ser del ser-ahí, donde él mismo puede elegir quién ser y qué rumbo tomar.

Esta condición o apertura del ser-ahí arrojado en el mundo debe ser relacionada a sí mismo, al mundo y a los otros seres que comparten con él en el mundo. Dentro del mundo el modo de ser más cercano y cómodo que se presenta es la cotidianidad. Vivir en la cotidianidad es negarse a sí mismo la posibilidad más propia de su ser, negar la libertad de poder elegir y tomar decisiones como ser en el mundo.

La cotidianidad es el modo del ser más inmediato al que se ve enfrentado el ser-ahí al ser arrojado en el mundo, es el primer momento por el que atraviesa el ser, pero este no se puede permitir permanecer en este estado. Lo cotidiano que rodea al ser-ahí no le permite ver más allá de los entes que le rodean, no le permite avanzar, por lo mismo le impide verse como un ser proyectado hacia un futuro. Permanecer en este estado le priva al ser de una de las categorías más fundamentales con las cuales cuenta, su ser posible, le impide verse como un ser

de posibilidades capaz de transformar el rumbo de su existencia dependiendo las decisiones que vaya tomando durante su vida.

Si bien, lo más importante del Ser es, apartarse de lo “uno”, como sujeto de la cotidianidad, hay que ser conscientes que es el primer momento en el que se ve el ser-ahí en relación con ser en el mundo, pero este estado es abstracto y no logra ser definible, esto se debe a que su permanecer en el uno deja de ser existencia y da pie para volverse un ente más que está dentro del mundo.

La publicidad del uno se expresa por medio del qué dirán sin pensar en las particularidades específicas de cada existencia, es decir, el trabajo del uno consiste en la absorción del ser propio, de cada ser, sin dejarlo ser. Este, enfoca sus acciones en colocar al ser-ahí como un ser inerte y que solo se permite desarrollar su vida siempre y cuando vaya de acuerdo con lo que el común de la sociedad estipule.

Los parámetros que rigen la cotidianidad son dados o, mejor dicho, impuestos por todos y por nadie, ésta se caracteriza por no tener un sujeto determinado, busca el estancamiento del ser, las habladurías de la gente, de la moda. La dificultad que se da, dejándose orientar por el “uno”, es que se emprende un camino por resolver la pregunta por el qué del ser-ahí y no por el quién. La cotidianidad trata al ser-ahí desde un ser ante los ojos, como lo expresa Heidegger (1974) “el ser-ahí es tácitamente concebido por adelantado como algo ante los ojos. En todos los casos implica lo indeterminado de su ser en sentido del ser” (p. 130).

La muerte del otro, el papel del ser ahí con otros.

El ser ahí es el resultado de una estructura que se determina por su ser en el mundo, como se ha mencionado anteriormente esta condición del ser ahí crea un modo de ser que con Heidegger se enfoca en el ser particular, singular y propio; que debe pensar su interior y enfocarse en su propio ser, esta

característica no le exonera de que al ser en el mundo no se relacione con otros seres con los cuales comparte y camina buscando comprender el sentido de su ser propio. Cuando se habla de otros se hace referencia a lo que Heidegger denomina como:

“Los otros” no quiere decir lo mismo que la totalidad de los restantes fuera de mí de la que se destaca el yo; los otros son, antes bien, aquellos de los cuales regularmente no se distingue uno mismo, entre los cuales es también uno. (Heidegger, 1974, p. 134)

Ser en el mundo implica ‘ser con’, donde el ser ahí desde su ser propio y su singularidad se relaciona con sus próximos, los seres con los cuales comparte su ‘ser en’. Esta condición de compartir el mismo espacio no tiene como norma que deban ser seres iguales y que no tengan la libertad para que cada ser ahí sea sí mismo.

Ser en, quiere decir también ser con, ambas son categorías existenciales, las cuales están muy presentes en la estructura del ser ahí, esta categoría, ser ahí con, lleva al ser a procurar por aquellos entes con los cuales se encuentra en el mundo. Los otros, con los que comparte el ser ahí se diferencian entre sí y son más que aquello que está fuera del ser ahí.

Los otros no quiere decir lo mismo que la totalidad de los restantes fuera de mí de la que se destaca el yo; los otros son, antes bien, aquellos de los cuales regularmente no se distingue uno mismo, entre los cuales es también uno. (Heidegger, 1974, p. 134)

En el ser con, se da una relación de ser ahí a ser ahí, durante esta unión se dan momentos en pro y en contra del otro, este tipo de relacionamiento depende de las circunstancias del ser propio en las que se encuentre cada ser ahí, esta relación siempre se da en un procurar por, por alejarse, por conocer, por atacar, por mejorar todo tipo de modos de ser con las que el otro se pueda presentar.

Este modo no implica que, al compartir y verse reflejados en el mundo, se da una igualdad entre seres. El ser ahí es un ser único, personal, y que durante su existencia se va construyendo y desarrollando su ser en el mundo, al mismo tiempo debe ser consciente de su estado de ser con otros, pero siempre teniendo presente que no vaya a caer en el camino que presenta el mundo de las masas, con el cual se vería inmerso en las características propias del 'uno', situación en la que pierde identidad y libertad.

Ser en el mundo implica de primer plano, ser con, es decir, que a pesar de que la existencia es personal, singular y una construcción que se debe hacer desde cada ser, el ser ahí habita el mundo junto a otros seres ahí, con los que se hace comprensible el mundo. A medida que se relaciona al ser ahí con los otros, se da una mejor y más amplia comprensión del propio mundo que se habita.

El ser-ahí con, es importante pensarlo existencialmente y no como una condición dejada en la decisión, esto quiere decir que, por ser en el mundo, hay necesariamente que relacionarse con otros seres, en el mundo, aquello que comparte el ser ahí con otro ser ahí y en esta perspectiva se debe dar un acercamiento entre los que lo habitan.

La relación de cada ser ahí con el mundo es la que se da desde su particularidad, desde su individualidad, sin que por esto los otros pierdan el sentido dentro del mundo, donde ellos también y en el mismo grado también son. Esta situación genera que se pueda hacer una diferencia entre el ser ahí y los entes que también son en el mundo, pero que no se procura por ellos, porque son entes útiles, seres a la mano.

Un asunto importante que vale la pena analizar es el ser ahí que quiere asemejarse a los otros, cuando se deja absorber por el otro y por el mundo mismo, es decir, cuando cae en el uno, cuando se deja llevar por su cotidianidad. Hay un concepto que usa Heidegger para el ser que se encuentra en este estado, en el momento en que el ser ahí llega a caer en lo cotidiano: 'señorío de los otros'. Este

estado se da cuando el ser ahí pierde su poder y lo deja en manos de los otros; otros en plural debido a que no se puede hablar de este o aquel ser, es el momento en el que no hay un quién determinado, por lo mismo, lo que domina la masa es el uno, como lo expresa el pensador alemán:

Ahora bien, en esta distanciamiento inherente al ser con, entra esto: en cuanto cotidiano, ser uno con otro está el ser ahí bajo en señorío de los otros. No es él mismo, los otros le han arrebatado el ser. El arbitrio de los otros dispone de las cotidianas posibilidades de ser del ser ahí. Más estos otros no son otros determinados. Por lo contrario, puede representarlos cualquier otro, lo decisivo es solo el dominio de los otros, que no es sorprendente, sino que es desde un principio aceptado, sin verlo así, por el ser ahí en cuanto ser con. Uno mismo pertenece a los otros y consolida su poder. Los otros, a los que uno llama así para encubrir la peculiar y esencial pertenencia a ellos, son los que en el cotidiano ser uno con otro son ahí inmediata y regularmente. El quien no es este ni aquel; no uno mismo, ni algunos, ni la suma de otros. El quién es cualquiera, es uno. (Heidegger, 1974, p. 143).

Ser ahí con es una categoría que viene inherente al ser en el mundo, por lo mismo el hombre no se puede desprender ni ignorar esta realidad, pero sí debe permanecer alerta para no caer en un nivel intermedio de su existencia, esta condición siempre va a contar con esta característica existencial y por esto es que dentro del ser ahí una de las categorías más importantes es la que define al ser como un ser propio, mío, personal y que de esta manera da guía y orienta cada modo particular de ser de cada ser ahí.

La muerte, realidad inminente del ser existente

El ser-ahí es un ser que en su estructura fundamental cuenta con una característica que lo determina y con la que puede identificarse, es su ser en el mundo, este rasgo determinante es que es finito. Con la finitud de por medio se

desprenden todas las experiencias que se dan en el mundo, con el otro y consigo mismo. El camino que Heidegger toma es el que lleva al ser-ahí a asumir su propia muerte y a partir de ahí cómo esta se convierte en el posible que habita todos los posibles.

Durante la existencia del ser-ahí, la muerte se vive cotidianamente en cada una de las posibilidades que tiene la existencia, es ahí en su actitud y determinación donde se juega el rumbo y sentido de su existencia. Por un lado, tiene el camino de la ignorancia y la comodidad que se lo ofrece el “uno” como ser más próximo a su ser en el mundo y que es dado en la cotidianidad. Por otro lado, el ser-ahí si quiere comprenderse y encontrarse debe asumir su característica más propia, la muerte, asumirse como un ser para la muerte y que esta realidad se ve en cada una de las posibilidades que se le presentan.

El asunto de la muerte en el ser-ahí es una condición que se muestra a lo largo de su existencia, pero que no logra ver cumplida directamente ni alcanza a experimentarla en su propio ser. Este asunto se ampliará más adelante. La finitud es una característica que se ve reflejada en cada uno de los posibles que se le presentan al hombre durante el desarrollo de su existencia. La muerte está presente como la posibilidad mayor, aquella que se da como posibilitante de toda posibilidad.

El ser-ahí es siempre un ser inconcluso, precisamente porque no logra alcanzar su propia muerte, el fin mientras no llegue al ser-ahí es la posibilidad que da vía a todas las posibilidades que se presentan durante la vida, pero cuando esta se hace realidad, las demás posibilidades quedan imposibilitadas y esto se da porque cuando esta se realiza el ser-ahí pasa a ser nada, ya no es más posibilidad. Si la muerte es una certeza, se vuelve la mayor posibilidad al hacerse presente en cada una de las elecciones que llegan al ser posible.

El asunto en el que hay que profundizar es en que la muerte es indeterminada y a su vez incierta y estas características convierten al ser-ahí en

un ser que constantemente se ve forzado a caminar, a moverse y a buscar llenar el vacío que ocasiona su posibilidad última.

En la búsqueda por el sentido, que hace el ser-ahí frente a su existencia, se ve de cara con la cuestión por su ser en el mundo, en él, el ser del ser-ahí se desarrolla entre el nacimiento y la muerte, donde es precisamente el tema de la finitud del ser-ahí el que merece una reflexión más amplia debido a que al ser hay que verlo como un “poder ser” que dentro de sus posibilidades encuentra la más propia e intransferible como lo es la muerte, el fin de su existencia.

La muerte como estructura existencial se presenta al hombre como su posibilidad más última que da fin a su ser en el mundo y esta es a la vez la que permite que el ser-ahí pueda ejercer su poder ser más propio, debido a que esta abre la puerta a que se desarrollen la infinidad de posibles modos de ser sobre los cuales el hombre debe tomar decisiones e ir construyendo su ser propio.

Cuando el ser-ahí logra alcanzar todas sus posibilidades es porque este ya ha dejado de ser, por consiguiente, no se puede hablar de un ser-total, como lo plantea Heidegger:

Mientras el ser-ahí es un ente que es, no ha alcanzado nunca su totalidad. Pero en cuanto la gana, se convierte la garantía en pérdida pura y simple del ser en el mundo. Ya no es posible tener nunca más experiencia de él como de un ente. (Heidegger, 1974, p. 258)

Se podría hablar que, el ser-ahí puede tener una experiencia de la muerte en tanto su ser con otros, gracias a esta característica cada ser-ahí puede tener un acercamiento a la muerte, pero nunca se verá de frente a su propio fin, siempre puede asistir a la muerte del otro, aunque en ningún momento puede hacerlo a la suya propia. Para lo que plantea el pensador alemán lo siguiente “El ser-ahí puede conseguir una experiencia de la muerte sobre todo dado que es esencialmente ser con los otros”. (Heidegger, 1974, p. 260)

La muerte como poder ser, se le presenta al ser ahí como su más propia posibilidad, aquella a la cual no le es posible rebasar y que con su presencia se encuentra dando un límite a la existencia del ser; tratar con la muerte es moverse en terrenos de la característica más propia del existente, con la cual se da un punto de partida para ir estructurando el sentido del ser. Por lo mismo, la muerte se convierte en el más peculiar poder ser del ser ahí, una posibilidad del ser que es expresada por Heidegger como: "... es la posibilidad de la absoluta imposibilidad del ser ahí. Así se desemboza la muerte como la posibilidad más peculiar, irreferente e irrebasable". (Heidegger, 1974, p. 274)

La muerte es el poder ser más peculiar en el sentido que llega a cada ser de manera particular y aunque es la gran posibilidad en la cual se encuentran todos los seres, a cada uno de estos la muerte se le da de manera propia, sin mencionar que es conciencia de muerte la que diferencia al ser ahí de otras especies en el mundo que tienen un final similar.

La muerte como irreferente hace mención a una característica con dos momentos porque es un momento que, por un lado, no encuentra una posibilidad dentro de la existencia con la cual se pueda tener una referencia de la misma, por otra parte, no se puede vivenciar en el existir de otro, simplemente se puede asistir a la muerte del otro, la propia es inenarrable.

Es irrebasable, porque, como se ha mencionado, aparte de no poder ser referente para el propio ser, se convierte en el punto culmen que limita el caminar del mismo, convirtiéndolo de un ser-ahí, a un no ser ya en el mundo. La muerte como posibilidad que se encuentra presente en todas las posibilidades también es extrema y con la cual ya no se dan las demás posibilidades.

El ser para la muerte es en el mundo y como se ha planteado anteriormente esta característica de su estructura fundamental no se puede desprender de la cotidianidad donde la forma de expresión la dan las habladurías, estas son la forma en la que se expresa el uno. Uno dice, uno piensa... este uno se hace tan

indeterminado que la responsabilidad con el asumir las riendas de la propia existencia y tomar las propias decisiones se diluye en el bullicio del común.

El uno lo que hace es, tratar a la muerte como un extraño, ya no es parte del ser ahí, porque es el uno quien muere, el ente, no es nadie. Cuando se dice uno morirá, la acción que ejerce el ser inmerso en la cotidianidad es anular la existencia de la muerte dentro de la estructura fundamental de cada ser propio. En el ser uno lo que se busca es esquivar la muerte o por lo menos sumergir al ser ahí en un estado de negación y rechazo frente a su realidad más propia. La muerte ahí se convierte en un accidente del ser como lo plantea Sartre, la aleja del ser y la indetermina.

La muerte, en este contexto de lo cotidiano, no pertenece a nadie, al decir uno muere, la impersonaliza. El uno busca tranquilizar a quienes habitan en la cotidianidad de modo que lo que se pretende es alejar al ser-ahí de la reflexión sobre su propia muerte.

La regularidad del ser ahí frente a su morir es estar en una permanente cercanía, la cual tiene como propósito la existencia misma, es decir, durante su propio ser, el ser ahí permanece en un estado de abierto con relación a su ser pleno, el cual alcanza directamente cuando su posibilidad extrema se hace presente. Esto no quiere decir que con la muerte el ser llegue a su plenitud, a su realización. En su estado de abierto el ser ahí debe ser capaz de entablar una relación con la muerte, su propia muerte.

La muerte es la extrema posibilidad del hombre en su existencia porque es el punto final de su existencia, este asunto se liga directamente con la totalidad del ser, referente a este asunto el fin del ser ahí evoca a una reflexión en torno a que no es posible para el hombre completar la totalidad de su ser, en vista de que siempre está en construcción y se encuentra en un mundo lleno de posibles dentro de los cuales se encuentra en un puesto privilegiado con su finitud. El ser ahí no podrá tener una experiencia propia de su muerte, no se logra llegar a la plenitud

del ser, pero esto no significa que su presencia sólo se dé al momento del final, la importancia de la Muerte en la existencia del hombre radica en que esta se encuentra arraigada en cada una de las posibilidades dadas al ser ahí en el mundo, todas sus decisiones estarán enmarcadas por su finitud.

A la certeza de la muerte que el ser ahí debe asumir y lo debe llevar a pensar como su posible más cierto, se le suma la incertidumbre de la pregunta, ¿en qué momento sucederá la misma?, es un dato que se escapa del conocimiento humano, lo que lo convierte en el permanente posible del ser ahí.

La muerte aquí es tomada en un sentido ontológico existencial y no biológico-fisiológico, la reflexión que se hace del ser ahí se toma partiendo de la existencia como parámetro de sentido y modo de ser fundamental del ser-ahí. En tanto que el ser ahí tiene como objetivo pensar el ser y el suyo propio, y cuál es su sentido frente a la existencia. El mismo ser existe con toda la estructura existencial, de la cual se ha ampliado anteriormente, debe partir de su ser posible y con esto de su posibilidad más propia que es la de su propia muerte, es decir, para hacerse una pregunta por el sentido del ser, primero se debe tener como punto de partida y fundamento de todo sentido el asunto de la muerte.

Con relación al cuándo la muerte se le presenta al ser y es importante dentro de la reflexión sobre la finitud que el ser ahí se plantee dos momentos: por un lado, la muerte es el paso que llega para llevar desde lo que se es hasta lo que ya no es. y por lo mismo se da una circunstancia con la que se determina el desarrollo del ser existente ya que como posibilidad más propia, la muerte se encuentra presente en cada una de las posibilidades que se dan al ser posible del ser ahí en el mundo.

El ser ahí siempre está muriendo, es el modo más peculiar porque envuelve al ser mismo y no solo parcialmente o en determinado modo de ser. En cualquier momento la existencia puede tomar la dirección menos esperada, el ser ahí muere siempre ya. El instante en el que va viviendo el ser se va extinguiendo su

existencia y acercando su finitud a convertirla en la realidad más próxima y siempre presente en cada una de sus decisiones.

La pregunta por la finitud del ser es un cuestionamiento que atañe al ser ahí desde individualidad, con esto se genera que cada ser oriente y le dé un sentido pleno y en especial un sentido propio a su ser. Aquel que se pregunta es el ser en el mundo, el mismo que se ve en la necesidad de salir de la cotidianidad para asumir conscientemente su lugar en el mundo y su papel como existente y el camino que como tal debe tomar, por lo mismo el papel del “ser con” se ve reducido ya que está orientado por el sentido de las masas, como se ve planteado en el mundo de la cotidianidad, este no da una salida adecuada y veraz porque sólo el ser particular y personal es el que se ocupa del sentido del ser.

Cuando el ser ahí se pregunta, se da un aislamiento entre ese ser particular y el mundo de la cotidianidad donde se encuentran inmersos los demás seres influenciados por lo uno. Se fragmenta la relación con el otro y se da paso a la soledad, la cual es condición para plantearse la finitud del ser, su muerte. El otro ser humano, aparece cuando con su morir permite a quien queda en el mundo hacer una reflexión acerca de la finitud del ser. Cuando el ser que se encuentra al lado muere es cuando el propio ser tiene más de frente lo que le puede llegar a significar su fin propio; sin embargo, por muy cercano que haya sido el difunto esta muerte no da una experiencia directa de lo que significa la propia muerte.

La muerte es una inminencia que no puede ser tomada como una falta o ausencia de una parte del ser ahí, es diferente a otros entes, que siendo inminentes pueden como posibilidades ocurrir o no. El ser finito es un modo de ser que se involucra al ser mismo, no solo a una parte de este. La muerte no está dentro de las decisiones posibles con las que cuenta el ser ahí durante su existencia, por lo mismo que desde el momento en que el ser ahí es, se presenta la muerte como proyecto del propio ser.

Dentro de su estructura existencial se ha hablado del ser ahí con los otros, con los cuales se comparte en el mundo, pero la muerte no puede ser tomada teniendo como referente al ser con, esto partiendo de hechos de que el fin es un modo de ser particular y que involucra a cada ser ahí en su particularidad, es decir la muerte afecta directamente en el ser propio del existente. Esta condición que involucra al ser ahí mismo convierte a la muerte en el poder ser más peculiar del hombre.

Desde el momento en el que el ser ahí comienza a ser el estado de yecto, el cual se presenta en él debido a su finitud, la cual genera un estado permanente de angustia en donde el ser se encuentra más de cerca con su proyecto, por lo mismo no es que haya un momento determinado en el que el ser ahí inicie su ser relativamente al fin, ésta, su realidad más peculiar e irrebasable hace parte de la constitución esencial del ser ahí desde el mismo instante en que llega a ser.

Retomando el concepto de angustia, esta no puede ser tomada como un mero temor a dejar de vivir, la angustia como existenciario permite el encuentro del ser ahí con sí mismo, es por medio de esta característica que el hombre se ve impulsado a moverse dentro de sus posibilidades.

Surge entonces el cuestionamiento frente a si es el hombre el que posee a la muerte o es ésta que dentro de su envolver al hombre lo absorbe, pero este planteamiento no es de profundizar ahora, pues no se puede tomar como una carrera entre el hombre y su finitud, no puede tomarse como dos modos de ser diferentes pues hacen referencia a la misma estructura existencial de cada ser y esta relación no puede separarse para ser tratada como dos agentes externos, esto porque la muerte está en la misma estructura que compone al ser ahí, de ahí que no se comparte la posición con Sartre, quien asume la finitud como un agente externo al hombre que llega de afuera a cortar con la libertad del ser, esto no puede ser posible porque cada ser humano es libre en tanto que asuma su propia existencia en su globalidad y no negando sus limitaciones.

Si bien para Heidegger la Muerte es la posibilidad que posibilita, Sartre, en su obra “el Ser y la Nada” la plantea como “la muerte no es mi posibilidad de no realizar más presencia en el mundo, sino una nihilización siempre posible de mis posibles, que está fuera de mis posibilidades”. (Sartre, 1966, p. 656)

Ser relativamente a la muerte. El ser siempre muriendo, siempre viviendo.

Se da un error en la certidumbre de la muerte como un accidente y un agente externo que llega a irrumpir en la existencia del ser, pues asumir la muerte de esta manera no puede ser tomada como la característica propia del ser relativa a la muerte. Este ser relativo debe ser entendido como aquel que constantemente y durante su existencia siempre va a ir de la mano con la posibilidad más propia que lo caracteriza.

La atención se ve dispersa cuando lo uno asume el tema de la muerte como un externo que irrumpe en la existencia y lo clasifica como un agente externo y un accidente, si es asumida por el ser como una certidumbre empírica, como la nombra Heidegger, pues si tiene como base la certeza de la muerte esta está necesariamente ligada a lo que tiene más próximo que es interiorizar la muerte del otro en lugar de la propia.

La muerte ajena es el escenario propicio con el cual el uno lleva al ser ahí a experimentar la finitud del ser, si el ser ahí propio no puede experimentar su propia muerte, esto no se puede traducir en que cada ser no deba quedarse inmóvil frente al difunto que fenece a su lado. Si bien, “uno experimenta día a día, en efecto, el morir de los otros, La muerte es un innegable hecho de experiencia”. (Heidegger, 1974, p. 280)

Si el ser ahí se deja guiar por el uno, la muerte le queda encubierta al ser y permanecerá así mientras no se asuma la certeza real de la muerte como constitutivo del propio ser y no como un acontecimiento que se le presenta al ser de al lado. Vivir la muerte es asumir la realidad o posibilidad más propia del ser, lo que hace que se desvelen una cantidad indeterminada de posibilidades, las cuales

el ser propio va descubriendo y tomando sus propias decisiones. La única manera en la que el ser se distancia del ser de la cotidianidad es por medio de su apertura al mundo y a sus propias posibilidades, es lo que Heidegger en ser y tiempo, 1927 llama "estado de abierto".

Aunque en muchas posibilidades el ser se puede ver representado por los otros, es en la muerte donde se pierde esa representatividad, debido a que es el mismo, el propio ser, el que afronta este momento sin posibilidad de evitarlo. La muerte es la posibilidad que cuando se da en la existencia, esta llega a su final. La trascendencia que cobra la muerte en la existencia es que esta se encuentra presente en cada una de las posibilidades de la vida, gracias a ella se muestra la posición que asume el ser ahí desde su propio ser y es así como se da el camino de una existencia auténtica o inauténtica. Con base en esto, es la muerte la que moviliza al ser, lo lleva a ir tomando sus decisiones frente a sus posibilidades.

Es importante reflexionar sobre el papel que juega el ya no ser dentro de la existencia del hombre. Hay que resaltar que para Heidegger sólo se puede dar una relación del ser con entre seres que se encuentran con las mismas características en el mundo, pero es importante retomar que la persona que muere adquiere una relación con aquellos seres cercanos con los cuales se comparte el mundo, con aquellos que ayudaron a construir la existencia personal.

La muerte no es la plenitud del ser y con ella no quiere decir que va a lograr la totalidad del mismo. Llegar al final no conlleva consigo la totalidad del ser, puede sólo desaparecer o dejar de ser ya en el mundo y pasa de ser hombre existente y ser posible a ente que ha concluido su ser en el mundo y no estar a disposición.

Hablando de la relación que se da entre el ser y el ya no ser, hay que enmarcarla en una relación no recíproca y no va en doble dirección, es el ser todavía en el mundo quien ve en el cadáver un reflejo de lo que puede llegar a ser la aproximación más cercana a la finitud de la existencia. Asistir al ya no ser ahí,

perdura en el tiempo y visita la conciencia del ser ahí entre más cercanía haya existido entre los dos seres.

CONCLUSIONES

La muerte es un tema que históricamente ha sido un punto de reflexión filosófica y ha invitado a tomar postura, por un lado, con un grupo de personas del común quienes asumen la finitud como la transgresión de la vida y la buscan evitar por medio de la ignorancia de la misma, por otra parte, quienes asumen su condición de mortales y tratan de llevar una relación de cercana consciencia frente a la condición como seres existentes.

El ser humano como existente es quien al asumir su finitud debe buscar el sentido de la existencia haciendo presente su posición en el mundo y la relación con los otros existentes de modo que pueda desvelar el sentido de la propia vida.

Igualmente, el ser-ahí heideggeriano puede verse a situaciones límite en las cuales está constantemente enfrentado a la muerte, pero siempre las del otro, con las cuales la invitación es a auto reflexionar y comprenderse a sí mismo para llegar a una consecución de posibilidades acorde con el sentido que se quiere dar a la propia existencia.

Las consecuencias vividas luego de los acontecimientos dados en la guerra, en este caso los campos de concentración, generan una reflexión frente a la crisis dada sobre la razón que hasta el momento daba ruta de diferentes verdades absolutas y que posteriormente, inclinan temas de reflexión frente a relaciones cognitivas más amplias y con mayor posibilidad de cara a los existenciaros.

Tomar la muerte como la posibilidad lleva a plantearse un caminar existente más consciente y reflexivo al momento de relacionarse el ser con los otros seres y entes que componen el ocurrir del mundo en el cual se ha sido arrojado, de ahí que pensarse como inmersos en un contexto ya determinado es oportuno en tanto

se es existente de la propia vida y se trasciende la cotidianidad, donde muchos se pierden y se dejan arrastrar por temor o miedo.

Referencias

Frankl, V. E. (1995). *El hombre en busca de sentido* (Diorki, Trans.). Herder.

Heidegger, M. (1974). *El Ser y El Tiempo*. Fondo de Cultura Económico.

Levi, P. (1987). In *Si esto es un hombre*. Muchnik Editores.

Platón. (n.d.). *Fedón*.

Platón. (1961). *La apología de Sócrates*. Ed. Espasa - Calpe

Sartre, J. P. (1966). *El Ser y la Nada*. LOSADA.